

# Cuentos con transformaciones



# Cuentos con transformaciones



Este libro pertenece a:

.....

.....

.....

**JEFE DE GOBIERNO**

Horacio Rodríguez Larreta

**MINISTRA DE EDUCACIÓN**

María Soledad Acuña

**JEFE DE GABINETE**

Manuel Vidal

**SUBSECRETARIA DE COORDINACIÓN PEDAGÓGICA  
Y EQUIDAD EDUCATIVA**

María Lucía Feced Abal

**SUBSECRETARIO DE TECNOLOGÍA EDUCATIVA Y SUSTENTABILIDAD**

Santiago Andrés

**SUBSECRETARIO DE CARRERA DOCENTE**

Oscar Mauricio Ghillione

**SUBSECRETARIO DE GESTIÓN ECONÓMICO FINANCIERA  
Y ADMINISTRACIÓN DE RECURSOS**

Sebastián Tomaghelli

**SUBSECRETARIA DE LA AGENCIA DE APRENDIZAJE  
A LO LARGO DE LA VIDA**

Eugenia Cortona

**DIRECTORA EJECUTIVA DE LA UNIDAD DE EVALUACIÓN INTEGRAL  
DE LA CALIDAD Y EQUIDAD EDUCATIVA**

Carolina Ruggero

**DIRECTOR GENERAL DE PLANEAMIENTO EDUCATIVO**

Javier Simón

**DIRECTOR GENERAL DE EDUCACIÓN DE GESTIÓN ESTATAL**

Fabián Capponi

**DIRECTORA GENERAL DE EDUCACIÓN DE GESTIÓN PRIVADA**

María Constanza Ortiz

**DIRECTORA DE EDUCACIÓN PRIMARIA**

Nancy Sorfo

**GERENTA OPERATIVA DE CURRÍCULUM**

Mariana Rodríguez

**GERENTA OPERATIVA DE LENGUAS EN LA EDUCACIÓN**

Mabel Quiroga

*Cuentos con transformaciones*

**Selección de textos:** Jimena Dib, Flavia Caldani.

**Ilustración:** Rodrigo Folgueira.

**Equipo Editorial de Materiales y Contenidos Digitales (DGPLEDU)**

**Coordinación general:** Silvia Saucedo.

**Coordinación editorial:** Marcos Alfonso.

**Asistencia editorial:** Leticia Lobato.

**Edición y adaptación:** Ana Premuzic.

**Corrección de estilo:** Sebastián Vargas.

**Diseño de tapa:** Ignacio Cismondi, Alejandra Mosconi.

**Diseño interior:** Marcela Jiménez.

Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires  
Cuentos con transformaciones / 1a edición para el alumno -  
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Ministerio de Educación del  
Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 2021.  
40 p. ; 21 x 14 cm.

ISBN 978-987-549-926-3

1. Educación Primaria. 2. Lenguaje. 3. Literatura. I. Título.  
CDD 372.4

ISBN: 978-987-549-926-3

© Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires / Ministerio de Educación /  
Dirección General de Planeamiento Educativo / Gerencia Operativa de Currículum,  
2021. Carlos H. Perette y Calle 10, s/n. - C1063 - Barrio 31 - Retiro -  
Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización de los titulares del copyright,  
bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de  
esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la fotocopia y el  
tratamiento informático.

**Distribución gratuita. Prohibida su venta.**

© Copyright © 2021 Adobe Systems Software. Todos los derechos reservados.  
Adobe, el logo de Adobe, Acrobat y el logo de Acrobat son marcas registradas de  
Adobe Systems Incorporated.



# ÍNDICE

La Bella y la Bestia .....	7
Cuento maravilloso de Jean Marie La Prince de Beaumont (adaptado por Ana Premuzic y Jimena Dib).	
El príncipe fiera .....	25
Cuento popular argentino, recopilado por Berta Vidal de Battini (adaptado por Diego Carballar y Juan Martín Tapia).	





# LA BELLA Y LA BESTIA

**H**abía una vez un mercader muy rico que tenía tres hijos varones y tres hijas mujeres. Las tres hijas eran muy hermosas, pero la más joven, a quien llamaban Bella, despertaba la admiración de todos y por eso sus hermanas la envidiaban. No solo era mucho más bonita que las otras dos, sino también más bondadosa. Era una buena hija, siempre honesta y dulce. Las dos hermanas mayores eran ambiciosas, ostentaban sus riquezas y despreciaban a quienes tenían menos que ellas. Bella, en cambio, hablaba con cortesía a los pobres.

De un solo golpe el mercaderer perdió todos sus bienes. Con el corazón destrozado y lleno de pena, anunció a su familia que debían trasladarse a una pequeña casa de campo lejos de la ciudad, y que tendrían que trabajar como campesinos para ganarse la vida.

No bien se establecieron en el campo, el mercaderer y sus tres hijos se dedicaron a preparar y labrar la tierra. Bella, que era muy trabajadora, se levantaba de madrugada y se ocupaba en limpiar la casa y preparar la comida de la familia. Cuando terminaba sus quehaceres, se ponía a leer un buen libro, a tocar el clavicordio, siempre cantaba mientras hilaba o realizaba alguna otra labor. Sus dos hermanas, en cambio, se aburrían mortalmente; dormían hasta tarde, paseaban el día entero y solo se lamentaban de todo lo que habían perdido y, encima, se burlaban de Bella.

Así pasaron los meses, hasta que un buen día el mercaderer recibió la noticia de que había llegado un barco con una carga de mercancías para él. Ante la posibilidad de recuperar su fortuna, sus dos hijas mayores imaginaron que por fin volverían a la vida de fiestas y teatros en la ciudad. Le pidieron a su padre que les trajera vestidos, chalinas y peinetas. Al ver que Bella no decía ni una palabra, el padre le preguntó:

—Y tú, hijita, ¿no vas a pedirme algo?

—Padre, te ruego que me traigas una rosa, pues por aquí no las he visto —respondió ella.

Partió de viaje el mercader; pero cuando llegó al puerto supo que había un problema en torno a sus mercaderías, y a pesar de su trabajo y sus esfuerzos, no pudo recuperarlas. Tuvo que regresar a su casa tan pobre como antes.

En el camino lo sorprendió una fuerte tormenta de nieve y viento, y al atravesar un gran bosque, se perdió. Nevaba muchísimo y el viento era tan fuerte que cayó de su caballo dos veces. Se hizo de noche y llegó a temer que moriría de hambre o de frío; o que lo devorarían los lobos, a los que oía aullar muy cerca. De repente, levantó la mirada y por entre dos largas hileras de árboles vio una luz brillante que provenía de un gran palacio. Se apresuró hacia allí para buscar refugio. No encontró a ninguna persona en los patios. Dejó a su caballo en una caballeriza que estaba abierta, donde había heno y avena, y luego entró al castillo, donde tampoco vio a nadie. Llegó a una gran sala en la que había una chimenea y una mesa con la cena servida. Como estaba muerto de frío, se arremó al fuego mientras se preguntaba dónde estarían el dueño de casa y los sirvientes. Seguramente no tardarían en aparecer.

Se quedó esperando un rato largo junto al calor de la chimenea. Cuando ya no pudo

resistir el hambre, se sentó a comer. Luego comenzó a recorrer la magnífica mansión. En uno de los cuartos encontró una cama tendida, se acostó a descansar y se quedó dormido de inmediato. Al despertarse la mañana siguiente se encontró vestido con un traje como hecho a su medida en vez de sus viejas y gastadas ropas, y una taza de chocolate caliente sobre la mesita de luz. Pensó que tal vez estaba soñando o que allí viviría un hada buena.

—Le doy las gracias, señora hada —dijo en voz alta—, por haber tenido la bondad de albergarme en noche tan inhóspita y de pensar en mi desayuno.

Al asomarse por la ventana, no vio el menor rastro de nieve, sino un bellísimo jardín repleto de flores.

Tomó su chocolate y salió en busca de su caballo; al pasar por un sector lleno de rosas blancas, recordó el pedido de Bella. En el instante en que cortó una, se escuchó un gran estruendo y casi muere del susto al ver a una bestia horrenda que se acercaba hacia él.

—¡Ingrato! —rugió la Bestia con voz terrible—. ¡Yo te salvé la vida al recibirte y darte cobijo en mi palacio, y ahora tú me arrebatas mis rosas, a las que amo más que a nada en el mundo! Morirás para reparar esta falta.

El mercader se arrojó a sus pies temblando, juntó las manos y le suplicó a la Bestia:



—Perdóneme, señor, por favor. Agradezco su hospitalidad. No creía ofenderlo al tomar una rosa; es para una de mis hijas, que me la había pedido.

—No me conmueven tus palabras —respondió la Bestia—, pero estoy dispuesto a perdonarte con la condición de que una de tus hijas tome tu lugar. Parte de inmediato; y si tus hijas rehúsan morir por ti, júrame que regresarás.

El buen hombre juró que regresaría; buscó a su caballo y partió con una gran tristeza. No pensaba entregar una de sus hijas a tan horrendo monstruo, pero, al menos, se consolaba con darles un último abrazo. El caballo, como si supiera el camino, tomó por el bosque, y en pocas horas llegaron a su pequeña granja.

Las hijas salieron a recibirlo con alegría, pero el pobre mercader se echó a llorar. Traía en la mano la rosa que había cortado para Bella y, al entregársela, le dijo:

—Bella, toma esta rosa que bien cara costó a tu desventurado padre.

Y enseguida contó a su familia lo que había sucedido. Al oírlo, las dos hijas mayores, furiosas, culparon de todo esto a Bella.

—Mira lo que has hecho con tu orgullo —gritaban—. ¿Por qué no pediste adornos como nosotras? ¡Claro, tenías que ser distinta! Causarás la muerte de nuestro padre, ¡y ni siquiera lloras!

—¿Por qué voy a llorar a nuestro padre, si no es necesario que muera? —respondió Bella—. Ya que el monstruo acepta a una de sus hijas a cambio, yo me entregaré a su furia y me consideraré muy dichosa, pues habré tenido la oportunidad de salvar a mi padre.

—¡No, hermana! —dijeron sus tres hermanos—, tampoco es necesario que tú mueras; nosotros buscaremos a ese monstruo y lo mataremos.

—Hijos míos —dijo el mercader—, esa bestia es demasiado poderosa, no será posible matarla. No permitiré que vayan a buscar la muerte, y tampoco Bella. Soy viejo; yo sacrificaré el poco tiempo de vida que me queda.

—Te aseguro, padre —le dijo Bella—, que no irás sin mí a ese palacio; no puedes impedirme que te siga. En parte soy responsable de tu desventura; prefiero que ese monstruo me devore a morirme de pena y remordimiento por perderte.

Por más que razonaron con ella no hubo forma de convencerla; sus hermanas estaban encantadas, porque siempre habían estado celosas de la joven.

Bella y su padre partieron hacia el palacio y llegaron al caer la tarde. En el gran salón encontraron una mesa magníficamente servida para dos. El mercader no tenía ánimo para probar bocado, pero Bella, esforzándose por parecer tranquila, se sentó a la mesa y le sirvió.

En cuanto terminaron de cenar se escuchó un gran estruendo y el mercader, llorando, anunció a su pobre hija que se acercaba la Bestia. Bella se estremeció cuando vio su horrible figura, aunque trató de disimular su miedo, y al interrogarla el monstruo sobre si la habían obligado, ella le respondió temblando que había venido por su propia voluntad.

—Eres muy buena —dijo la Bestia—, y te lo agradezco. Tú, buen hombre, partirás por la mañana y no sueñes jamás con regresar aquí. ¡Nunca!

Y enseguida se retiró.

—¡Ay, hija mía —dijo el mercader, abrazándola—, deja que me quede en tu sitio!

—No, padre —le respondió Bella con firmeza—. Tú partirás por la mañana.

Esa noche, en su sueño, Bella vio a una hermosa hada que le decía:

—Tienes un gran corazón, Bella. Arriesgas tu vida por salvar la de tu padre. Tendrás tu recompensa.

Bella le contó el sueño a su padre, esperando que le sirviera de consuelo; pero el hombre no pudo evitar llorar al momento de separarse de su querida hijita.

En cuanto se hubo marchado, Bella se dirigió a la gran sala y se echó a llorar; pero, como era una muchacha valiente, resolvió no estar triste durante el poco tiempo que le quedase de vida.



Comenzó a recorrer el espléndido casti-  
llo, que era de una belleza conmovedora. Se  
asombró al encontrarse frente a una puer-  
ta con la inscripción “Aposento de Bella”.  
Ni bien la abrió quedó deslumbrada por la  
magnificencia que allí reinaba. Lo que más  
llamó su atención fue una enorme biblioteca,  
un clavicordio y numerosos libros de música:  
todo lo que a ella le hacía la vida placentera.

“No quiere que esté triste”, pensó. “Para un  
solo día no me habría reunido tantas cosas”.

Esto la animó. Poco después, revisando la  
biblioteca, encontró un libro en el que apare-  
cía escrito en letras de oro:

“Disponga, ordene. Aquí es usted la reina  
y señora”.

—¡Ay de mí! —suspiró Bella y pensó: “Solo  
deseo ver a mi pobre padre y saber qué está  
haciendo ahora”.

Con asombro, al volver los ojos a un gran  
espejo, vio allí su casa, adonde llegaba en-  
tonces su padre con el semblante lleno de  
tristeza. Las dos hermanas mayores acudían  
a recibirlo, y a pesar de pretender estar afli-  
gidas, se les reflejaba en el rostro la satisfac-  
ción que sentían por haberse desprendido  
de la hermana que les hacía sombra con su  
belleza y bondad.

Todo desapareció en un momento, y Bella  
sintió que nada tenía que temer de la Bestia.

Esa noche, cuando iba a sentarse a la mesa, oyó el estruendo que hacía la Bestia al acercarse, y no pudo evitar estremecerse.

—Bella —le dijo el monstruo—, ¿me permitirías estar aquí durante la cena?

—Tú eres el dueño de esta casa —respondió Bella, temblando.

—No —dijo la Bestia—, tú eres la dueña aquí. Si no quieres verme, solo pídemelo y me marcharé enseguida. ¿Me encuentras muy feo?

—Así es —dijo Bella, que no sabía mentir—, pero creo que eres muy bueno.

—Tienes razón —dijo el monstruo apenado, y luego agregó—: Todo cuanto hay en esta casa te pertenece; me apenaría mucho que no estuvieses contenta.

—Eres muy bondadoso —respondió Bella—. Te aseguro que tu buen corazón me hace feliz y ya no pareces tan feo.

—Tengo un buen corazón, pero no soy más que una bestia —dijo, y luego de una pausa agregó—: Bella, ¿querrías ser mi esposa?

Bella ya casi no le tenía miedo, pero creyó morir de pavor cuando escuchó esta pregunta. Permaneció largo rato sin responderle; temía despertar su cólera si rehusaba, y por último le dijo:

—No, Bestia.

El pobre monstruo quiso suspirar al oír-la, pero de su pecho salió un gruñido tan

espantoso que hizo retemblar el palacio entero; entonces se retiró con tristeza de la sala volviéndose varias veces a mirarla en silencio.

Al quedarse sola, Bella sintió una gran compasión por esta pobre Bestia.

¡Ah, qué pena —se dijo— que siendo tan bueno, sea tan feo!

Tres apacibles meses pasó Bella en el castillo. Todas las tardes la Bestia la visitaba, y la entretenía, conversaban, y la observaba mientras comía. Cada día Bella encontraba en el monstruo nuevas bondades, y se había habituado tanto a su fealdad que ya no le temía; en realidad, disfrutaba mucho el tiempo que pasaban juntos. Solo había una cosa que la apenaba, y era que cada noche antes de retirarse él le preguntaba si quería ser su esposa, y cuando ella se rehusaba parecía traspasado de dolor. Un día le dijo:

—Lo lamento tanto, Bestia, pero no creo que pueda hacerlo nunca. Siempre seré tu amiga; trata de contentarte con esto.

—Sé que soy horrible —dijo la Bestia—, pero mi amor es grande. Entretanto, me siento feliz de que quieras permanecer aquí. Prométeme que no me abandonarás nunca.

Bella se entristeció al escuchar estas palabras. Había visto en el espejo que su padre estaba solo y enfermo de pena por haberla perdido, y deseaba volver a verlo.



—Yo podría prometerte —dijo a la Bestia— que no te abandonaré nunca, pero te ruego que me permitas ver a mi padre; me moriré de dolor si me lo niegas.

—Antes prefiero morir —dijo el monstruo— que causarte el pesar más pequeño. Ve a casa de tu padre, y mientras estés allí moriré de pena.

—¡Oh, no —respondió Bella, llorando—, te quiero demasiado para tolerarlo! Prometo regresar dentro de ocho días. Mi padre se ha quedado solo. Permíteme que pase una semana en su compañía.

—Mañana estarás con él —dijo la Bestia—, pero acuérdate de tu promesa. Cuando quieras regresar no tienes más que poner tu sortija sobre la mesa a la hora del sueño. Adiós, Bella.

Por la mañana despertó en casa de su padre. El buen hombre creyó morir de alegría al ver a su querida hijita, y la abrazó con fuerza.

Cuando llegaron las hermanas y vieron a Bella ataviada como una princesa y más hermosa que la luz del día, estallaron de celos.

—¿Por qué es tan dichosa esa pequeña criatura? ¿No somos nosotras más dignas de la felicidad que ella?

—Se me ocurre una idea —dijo la mayor—. Tratemos de retenerla aquí más de ocho días; esa estúpida Bestia pensará que ha roto su palabra, y quizás la devore.

Los días siguientes la llenaron de halagos y le mostraron tanto cariño que Bella lloraba de la felicidad. Cuando se cumplieron los ocho días, las malvadas hermanas se mostraron tan afligidas por su partida, que Bella les prometió quedarse ocho días más.

Sin embargo, se reprochaba el pesar que causaría a su pobre monstruo, a quien amaba de todo corazón y se entristecía de no verlo. La décima noche soñó que se hallaba en el jardín del castillo, y veía a la Bestia tendida sobre la hierba, muriendo. Despertó sobresaltada, con los ojos llenos de lágrimas.

“¿Por qué le estoy causando este dolor”, pensó, “cuando él me quiere tanto, y yo a él? Él no tiene la culpa de ser feo. Su buen corazón importa más que todo lo otro. Seré feliz si me caso con él”.

Con estos pensamientos Bella puso la sortija sobre la mesa y se quedó dormida.

Se despertó la mañana siguiente en el castillo. ¡Estaba tan feliz! Se puso un hermoso vestido y fue a buscar a la Bestia para contarle su decisión. Recorrió el castillo entero, pero no lo encontró. Recordó, entonces, su sueño y corrió con desesperación al jardín. Allí lo encontró inmóvil, tendido sobre la hierba junto al estanque, y pensó, con angustia, que había muerto. Entre sollozos se dejó caer a su lado y lo abrazó.

—Por favor, no mueras, mi Bestia querida —le dijo mientras le caían las lágrimas—. Vive para ser mi esposo. Desde este momento te prometo que te perteneceré solo a ti. El dolor que he sentido me ha hecho ver que no podría vivir sin verte.

En ese instante todo a su alrededor se iluminó con luces resplandecientes y con fuegos artificiales. Al volver la mirada hacia su querido monstruo, la Bestia había desaparecido y en su lugar, entre sus brazos, había un apuesto príncipe.

—Mi Bella amada —le dijo el príncipe—, se ha roto el hechizo. Un hada maligna me convirtió en Bestia hasta que alguna joven me amara y aceptara casarse conmigo. En todo el mundo solo tú has sido capaz de conmoverte con la bondad de mi corazón.

Bella, sorprendida, le tendió la mano a su hermoso príncipe y juntos se encaminaron al castillo. En el gran salón los esperaba su padre y su familia, y la hermosa hada que había visto en sus sueños.

—Bella —le dijo el hada—, recibes ahora el premio de tu buena elección: has preferido la bondad a la belleza, y por tanto mereces hallar todas estas cualidades reunidas en tu príncipe. Serás una gran reina. En cuanto a ustedes, señoras —agregó, dirigiéndose a las hermanas—, conozco sus corazones y toda la malicia que encierran. Se convertirán en

estatuas, pero conservarán la razón dentro de la piedra que va a envolverlas; estarán en la puerta del palacio de Bella y serán testigos de su gran felicidad.

El príncipe y Bella se casaron y vivieron felices por siempre.





# EL PRÍNCIPE FIERA

**H**ubo una vez un pago alejado de todo, del que muy pocos habían oído hablar: se llamaba “Lugar seco donde no crece nada y nada crecerá jamás”, y su nombre apenas si alcanzaba a dar cuenta de lo árido y desolado del paisaje.

Todo allí era seco, como si la lluvia le temiera al suelo y los ríos inventaran excusas caprichosas para no pasar por ahí.

En ese país, vivía un hombre con sus tres hijas. Las tres muchachas eran hermosas, pero entre ellas sobresalía siempre la menor, un verdadero encanto, tan llena de gracia y belleza que quien la veía no podía evitar preguntarse cómo había hecho una flor tan extraña para crecer en aquel lugar tan seco.

El padre de las chicas era comerciante y, por vivir en aquel sitio tan desolado, debía hacer grandes esfuerzos para conseguir mercadería. Era habitual que hiciera largos viajes en busca de productos y clientes, e incluso que se alejara más allá de los confines del país. En cada uno de estos viajes dejaba a sus hijas a cargo de la mayor, con la promesa de volver con regalos para las tres.

—Yo quiero un poncho negro —dijo una vez la hermana mayor en la víspera de un viaje.

—Yo quiero una tela que tenga más de siete colores —pidió la del medio.

—A mí, papi, tráigame una rosa fresca y perfumada —dijo la menor.

Este último pedido causó mucha sorpresa en el comerciante. Encontrar una flor fresca en aquel lugar tan seco era algo imposible. Sin embargo, por no querer contradecir el deseo de su hija, respondió:

—Ya veremos, m'hija, ya veremos.

El hombre finalmente partió e hizo sus negocios; consiguió el poncho y la tela de colores, pero se olvidó por completo del encargo de la hija menor. Cuando estaba regresando a su casa, lo sorprendió una tormenta de viento y polvo que lo dejó, en apenas unos instantes, envuelto en una nube de tierra oscura como la noche.

Con una mano se tapaba la cara, mientras que con la otra sujetaba bien fuerte las

riendas del caballo. Hizo grandes esfuerzos por no perder la traza que estaba siguiendo, pero, cuando la tormenta amainó, el hombre se encontró cabalgando en un campo seco tan pelado que parecía el fondo de una laguna, sin caminos, huellas ni señas con las que orientarse. Estaba perdido. Anduvo un rato al tranco hasta que distinguió a lo lejos un pequeño rancho levantado allí, misterioso y solitario, en la mitad de la nada.

Cuando llegó al rancho, un perfume muy intenso lo recibió. Era un rosal enorme, desbordado de rosas de pétalos tan gruesos que, según cómo se miraran, podían confundirse con la oreja de un demonio o con la lengua de un ángel. El hombre enseguida recordó el deseo de su hija menor y sin pensarlo demasiado bajó del caballo y cortó una rosa del arbusto. Apenas se la acercó a la nariz para disfrutar del perfume, sintió un pinchazo muy fuerte en la espalda. Volvió su cabeza y, por encima del hombro, alcanzó a ver una uña larga y retorcida unida a un dedo grueso y peludo que salía del brazo largo y escamoso de una fiera espantosa. Una criatura contrahecha, ridícula y de aspecto feroz que, como salida de abajo de la tierra, amenazaba con violencia al hombre por haber cortado una rosa de su rosal.

—La flor que me robaste, con sangre la vas a pagar —dijo la fiera, con ojos furiosos.

El comerciante, dando un salto, había podido zafarse de la uña y ahora miraba con pánico a la criatura.

—Mi vida no vale mucho más que las mercancías que tengo para vender —dijo al fin el hombre—, pero le suplico, por mis hijas, que me dé una oportunidad para enmendar mi error.

—Una flor cortada no se enmienda ni se emparcha —respondió la fiera—. Si querés vivir, mostrame a tus hijas.

El comerciante, aterrado, buscó entre sus cosas unas fotos que siempre llevaba con él. La fiera, que era muy ladina, no lo dudó; con su uña puntiaguda, señaló el retrato de la menor y dijo:

—Cambiamos una flor de mi jardín por una flor del tuyo. Si en tres días no me traés a la chica, voy a ir hasta el pueblo y me voy a comer a las tres. Y no te olvides de llevarle la flor que cortaste, decíle que es una prenda que le manda el novio.

La fiera alzó al hombre, lo subió al caballo y dijo unas palabras al oído del animal, que pegó tres relinchos y partió al galope rumbo al “Lugar seco donde no crece nada y nada crecerá jamás”.

Cuando el comerciante llegó a la casa, sus tres hijas salieron a recibirlo llenándolo de besos y saludos. Pero el hombre, triste y contrariado, apenas respondía inclinando la cabeza.



—Aquí está el poncho negro y en las alforjas del caballo van a encontrar la tela de siete colores —dijo al fin, sin siquiera levantar la mirada.

—¿Se olvidó de mi regalo, papá? —preguntó la menor.

—No —respondió el padre, sacando de entre sus ropas la rosa, que increíblemente se encontraba más fresca y perfumada que en el momento de ser cortada.

El hombre le contó todo: la tormenta, el encuentro, el trato y la palabra que había usado la fiera: novio.

—Yo preferiría que me metan un tiro —dijo una de las hermanas.

—Yo sería capaz de comerme el desierto a cucharadas, cualquier cosa antes que andar noviendo con un bicho así —agregó la otra.

Pero la menor tomó la flor y dijo:

—Yo voy a ir; al fin y al cabo, fue por darme el gusto que usted cortó la rosa.

Al día siguiente, salieron padre e hija rumbo al rancho de la fiera. Un tiempo después, alcanzaron a ver el rosal; a su lado, estaba la fiera escribiendo algo en la tierra con su uña larga. Cuando la jovencita vio al monstruo, enseguida supo que no habría ni noviazgo ni nada, y que esa misma noche sería la cena de la criatura. Para colmo, al llegar a la entrada, la fiera se rascó la cabeza y pudieron ver cómo salían de entre sus pelos sabandijas y piojos del tamaño de ratones.

—Lindo gaucho —dijo la jovencita por lo bajo, lanzándole al padre una mirada suspicaz y entrecerrada.

—Hay peores —susurró el hombre, procurando no hacer enojar a la fiera que se había acercado a recibirlos.

La despedida fue triste y amarga. La fiera señaló con la uña la entrada del rancho y la joven, que no se atrevía ni siquiera a levantar la cabeza, entró. Pero apenas puso un pie adentro de la casa quedó deslumbrada por la belleza y la opulencia del lugar. De afuera parecía un rancho pequeño de tierra y paja, pero por dentro tenía paredes revestidas, habitaciones incontables, escaleras y muebles finísimamente decorados. La fiera la llevó hasta un comedor y le pidió que se sentara junto a una mesa grande cubierta por un mantel blanco. La joven se quedó un rato sola, admirando los techos altos y las paredes decoradas con cuadros y grandes bibliotecas.

Al rato volvió la fiera con una enorme cesta de mimbre llena de comida: había frutas, bizcochos y mucho pan caliente. Todo lucía delicioso, pero la muchacha apenas si pudo probar bocado. La fiera, en cambio, sentada en la otra punta de la mesa, comía con tanta voracidad que bien podría haberse tragado un caballo entero, si alguien lo hubiera atado a la cesta.

Y fue allí, luego de esa merienda bestial, que la fiera empezó a hablar. No dijo demasiado aquella primera vez, solo se inclinó un poco en la silla y, a media voz, recitó:

*Me enamoré del aire,  
del aire de una mujer,  
como la mujer era el aire  
con el aire me quedé.*

Pero esto alcanzó para que la joven, de a poco, fuera perdiendo el temor con el que había entrado a la casa. Es que la fiera tenía un gran arte para la charla: a veces, hablaba de cosas que había visto; otras, contaba historias que había leído o inventado, pero dijera lo que dijera, las palabras siempre salían de su boca con dulzura y música, ocupando alegremente su lugar dentro de la conversación.

Aquel primer día, la criatura no dijo nada más, simplemente se paró y le indicó a la muchacha cuál sería su habitación.

En los días siguientes, las charlas de las meriendas se hicieron cada vez más largas. Ella escuchaba con interés, preguntaba y se maravillaba de todos los conocimientos que tenía la fiera.

Así fueron pasando los días, siempre con la misma rutina. Por la mañana, ella estaba sola en la casa y pasaba el tiempo leyendo los libros de la biblioteca y descubriendo los tesoros guardados en baúles y armarios. Por las tardes, la fiera aparecía desde una puerta



pequeña que daba al comedor y servía la merienda.

Luego de comer, siempre se ponía a contar algún cuento:

—Cuando los sapos tenían pelo y dientes las gallinas... —decía antes de empezar una historia antigua.

—A las orillas de un hombre / había un río parado / que me contó este cuento / estando callado —repetía con seriedad antes de comenzar los relatos más extraños.

Pero si contaba una historia de amor, siempre empezaba cantando:

*Antes de conocerte  
yo ya te amaba:  
estrella que fue mía  
ya te anunciaba.*

Cuando terminaba el cuento y la charla se apagaba, la fiera daba las buenas noches y se retiraba a su habitación cruzando la puerta pequeña del comedor.

Así pasaron días y meses, en los que llegaron a compartir una felicidad pequeña y misteriosa, como aquel rancho en el que vivían. Hasta que una tarde, un viento muy cálido que venía de lejos envolvió la casa y llenó de tristeza a la joven.

La fiera notó el cambio enseguida y preguntó:

—¿Qué ocurre? ¿Mis historias ya no son de su gusto?

—No es eso —dijo la muchacha—. Lo que pasa es que extraño mucho a mi padre y quisiera saber algo de él.

—Eso se puede remediar —dijo la fiera e hizo aparecer un gran espejo en el que se reflejaba la imagen del padre de la muchacha.

Allí, en el espejo, se podía ver al comerciante acostado en la cama: parecía un anciano débil y enfermo.

—Apenas su padre se fue de aquí —comenzó a explicar la fiera—, su corazón se apretó por el remordimiento.

Desde aquel día, ha intentado volver al rancho a buscarla. Gastó todo su dinero contratando a rastreadores y baqueanos, pero todo ha sido en vano, porque a este lugar lo oculta un hechizo antiguo. Hoy está enfermo por la falta de fuerzas y esperanza.

—Tiene que darme permiso para ir a verlo —suplicó la joven.

—M'hija, usted aquí no es prisionera y es libre de irse cuando quiera. Lo que ocurre es que si usted se va y no vuelve, así como me ve, yo me voy a morir de amor —respondió la criatura.

La joven miró los pequeños ojos de la fiera y prometió volver a los tres días. Enseguida se hicieron los preparativos para el viaje. La fiera le regaló un vestido hermoso y se encargó de llenar las alforjas del caballo con oro y joyas, regalos para las hermanas y el padre de la chica.

A la mañana siguiente, cuando la muchacha se despidió, notó que algunos de los pelos de la frente de la fiera se habían puesto blancos y muy delgados. Partió al galope rumbo a “Lugar seco donde no crece nada y nada crecerá jamás”. Apenas llegó a la casa, las hermanas la recibieron con abrazos y gritos de alegría. Todos en el pueblo la habían dado por muerta y aseguraban que había sido devorada por una fiera cruel y desalmada. Apenas entró a la habitación del padre, el hombre recuperó el color y, a pesar de estar todavía muy débil, se puso de pie para abrazarla.

Esa noche todo fue alegría en la casa del comerciante.

Al día siguiente, llegaron personas del pueblo para contarle a la joven todo lo que había ocurrido durante su ausencia:

—Un día vino un hombre que vendía medias y algunos le compramos —dijo una señora mayor.

—Otro día pasó volando un pájaro bastante cerca de acá —dijo un hombre, todavía sobresaltado por la novedad.

—Ricardo y yo estornudamos al mismo tiempo, dos veces en el mismo mes —dijo una mujer joven que le hizo jurar a una vecina que lo que contaba era verdad.

“Lugar seco donde no crece nada y nada crecerá jamás” no era un lugar en el que ocurrieran muchas cosas; sin embargo, lograron tenerla todo el día escuchando sus historias.



Al día siguiente, el padre ya se había recuperado notablemente y pudieron pasarlo en familia junto con las hermanas. Hablaron sobre el futuro, sobre el trabajo, sobre el polvo, el viento y la sequía; pero sobre la fiera nadie dijo ni una palabra. Esa noche, la menor de las hijas del comerciante durmió profundamente y soñó con un jardín lleno de plantas secas y marchitas.

La muchacha se despertó de un sobresalto.  
—Ojalá no sea demasiado tarde —pensó.

Faltaban todavía unas horas para el amanecer y, sin decirle nada a nadie, abandonó su casa y partió a toda velocidad rumbo al rancho de la fiera. El caballo galopó con furia y logró llegar con los primeros rayos del sol. La joven entró y buscó a la fiera en todas las habitaciones, pero no la encontró. Finalmente, fue hasta el comedor y abrió la puerta pequeña, la que daba a la habitación de la bestia. Pero del otro lado no encontró ningún cuarto, sino un jardín. En otro tiempo, habría sido un lugar maravilloso y verde, pero ahora se encontraba muerto y reseco. Con mucha dificultad, se abrió paso entre las zarzas y llegó al centro del jardín. Allí estaba la fiera, sin vida y cubierta por ramas secas.

La muchacha se inclinó sobre el cuerpo de la bestia y comenzó a llorar:

—Viví —le dijo—. ¡Viví! —Y comenzó a cantar:  
*Antes de conocerte  
yo ya te amaba:  
estrella que fue mía  
ya te anunciaba.*

Una lágrima resbaló por una de las mejillas de la joven y fue a caer sobre el pecho enmarañado de la fiera.

El jardín entero comenzó a temblar, las ramas se agitaron y un aire húmedo lo envolvió todo. Ella se paró asustada y giró sobre sí misma para observar el prodigio: las ramas secas empezaron a verdear, las espinas se convirtieron en brotes, de los nudos secos salieron pimpollos y flores; pronto llegaron cientos de pájaros e insectos y por las fuentes secas empezó a correr el agua. En el centro del jardín, ya no estaba la fiera, sino un príncipe más hermoso que el amor.

—Tu canción y tu promesa rompieron el hechizo. Volviste sin que nadie te obligara —dijo el príncipe.

Alrededor de los dos jóvenes, todo se transformó.

De la tierra seca del desierto florecieron árboles y casas, personas y animales, arroyos y lagunas. Era el reino del príncipe, condenado hasta ese momento por la magia de una hechicera y salvado ahora por el corazón de una muchacha.

Cuando todo recuperó su esplendor, cuando de la tierra florecieron una iglesia, un sacerdote y algunos parientes para invitar, la muchacha y el príncipe se casaron.

El comerciante y las hermanas fueron invitados a la boda y se quedaron a vivir en la capital del reino.

Cuentan que algún tiempo después, el príncipe y la princesa fueron a visitar “Lugar seco donde no crece nada y nada crecerá jamás” para contar a todo el mundo su increíble historia. Aseguran los que conocen bien el pago que nunca nadie les creyó.



